

Caleidoscopio

Julio Cancio

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 71
Fecha	Madrid, diciembre de 2017
Páginas originales	29-34
Tipo documental	Relato literario
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-71-2017-029-034

RESUMEN DOCUMENTAL

Relato en primera persona protagonizado por un médico atrapado en una persistente sensación de fracaso, tedio y desolación. Al terminar una jornada de trabajo, emprende un viaje nocturno hacia Mareña mientras los recuerdos familiares, la percepción del paisaje y su monólogo interior intensifican una crisis existencial largamente contenida. La carretera funciona como espacio de memoria y de extrañamiento, y la narración avanza hacia un desenlace abrupto en el que el protagonista cede a la fascinación del vacío. El texto explora la soledad, la depresión, la identidad y la autodestrucción mediante una prosa introspectiva y progresivamente opresiva.

PALABRAS CLAVE

relato · depresión · memoria · viaje · soledad · autodestrucción

CITA BIBLIOGRÁFICA

Julio Cancio. "Caleidoscopio". Torre de los Lujanes, n.º 71, 2017, pp. 29-34. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.



CALEIDOSCOPIO

Julio CANCIO

Cuando el último paciente que me visitaba un viernes salió de mi consulta, necesité sólo unos segundos para colgar la bata en el perchero y decirle a Maite que se encargara de apagar las luces y cerrar. Desde primeras horas de la tarde una mezcla persistente de malhumor y desánimo me estaba proponiendo marchar a casa y dar por finalizada una semana horrible.

A decir verdad, una semana tan horrible, tan tediosa y tan poco esperanzadora como la anterior y como todas las que la precedían desde hacía muchos años, aunque la fecha y el motivo exacto de mi primer contacto con la desolación y la amargura me resultaban difíciles de localizar con precisión en la memoria. Unas veces situé su procedencia escondida en mis primeras huellas infantiles y otras llegué a pensar que coincidía con el mismo día de mi nacimiento. Nunca tuve demasiado interés en analizar la circunstancia más allá de su dura constatación, que en cualquier caso convivía con mi persona como una sombra implacable.

Sin embargo, a pesar de sentirme un ejemplar humano nada convencional, jamás experimenté que los demás me tuvieran por un ser especialmente depresivo, ni tampoco los ahuyenté con el pesimismo característico de quienes piensan exclusivamente en negro cuando presagian acontecimientos. Estas consideraciones sobre mi trayectoria vital, que al menos me ayudaban a sobrevivir sin que nadie me llamara apestado, no lograron borrar de la cabeza la idea de que mi biografía era la repulsiva historia del despropósito hecho hombre. O para ser más metafórico, diría que yo llevaba impresa en el alma la imagen del nazareno que expía su culpa arrastrando la cruz de unos pecados que nunca cometió. Y esa convicción desgarrada me hacía contemplar mi existencia desde el otro lado del escenario, como un espectador sádico que aguarda impaciente la próxima sorpresa que sufrirá la víctima.

«Déjate de cruces y de calvarios, tu problema reside en una incorrecta evaluación de los acontecimientos tal vez propiciada involuntariamente por los oídos demasiado comprensivos de tu madre. Si lo aceptas habrás dado el primer paso para desprenderte de tanto agarrotamiento absurdo», me había dicho una vez una estudiante de psiquiatría con la que compartí dos años de juventud. Según su diagnóstico, el mal lo había fabricado mi propia sensibilidad rendida a telarañas infantiles, más que estar originado por ese misterioso halo de origen inexplicable del que supuestamente yo creía rodearme. Para ella, en realidad, de una manera u otra el rugido sordo de mi cerebro, aquellas persistentes sensaciones de negatividad total que me asediaban, las sufría todo el mundo por igual, cada uno desde ángulos distintos, nada importante. Pero, fuera lo mío simple angustia vital, mimo acumulado (llegó a reprocharme) o un trastorno bipolar medio escondido, ella y yo dejamos de vernos, y de las largas sesiones de terapia a que me sometió no quedó ningún poso que me ayudara a continuar por mi cuenta la investigación en mis adentros. Es más, de entre los muchos amigos o simples conocidos relacionados con la medicina que llegué a tener, fui desde el pri-



CANCIO

mer momento absolutamente excluyente con cualquiera que practicara la psiquiatría, a los que siempre tuve por miembros de una secta a la caza de incautos.

A Maite no le quise hacer saber que en realidad este viernes me sentía particularmente mordido por el aguijón, me limité a despedirme de ella hasta el lunes rogándole que clasificara con cuidado las últimas radiografías. Se lo dije sin mirarla, como el niño que acaba de cometer una travesura y escapa cabizbajo antes de que le regañen. Aunque, ciertamente, después de quince años de enfermera a mi lado lo más sensato era sospechar que hasta mi tono de voz me delataba, pensé en el ascensor.

Al llegar al garaje, mientras me dirigía al coche, noté una cierta efervescencia en la cabeza que luego, a punto de culminar los últimos metros de la rampa, se convirtió en un torbellino incontrolable. Si a eso no le di ninguna importancia, lo que me llamó la atención fue el hecho de que la luz roja del primer semáforo me trajera la calma. Algo tan absurdo era la primera vez que me ocurría.

Luego, en casa, aburrido con el último telediario y rendido al sopor de escuchar tantos minutos dedicados al fútbol, desperté con la noticia sobre una aldea marinera donde en los últimos tiempos algunos pescadores habían encontrado una gruta muy profunda cuya longitud real bajo el monte continuaba siendo impredecible. Lo sorprendente era que el mar, único acceso posible, parecía respetar el umbral como si el oleaje se diera la vuelta antes de franquearlo. Uno de los entrevistados, llamado Nicanor, se asombraba de que hasta ahora nadie, ni sus padres ni sus antepasados, se hubiera apercebido de aquella caverna que por lo visto había surgido súbitamente. «No me miren como a un loco, ya sé lo que están pensando – le dijo desafiante a la cámara frunciendo el ceño –, reconozco que la gente marinera tenemos muchos defectos, pero la cabeza la llevamos en su sitio y los ojos también». El reportero, sintiéndose superior, se hizo el gracioso diciendo displicente que a lo mejor todo se debía a que Neptuno necesitaba aparcamiento. La voz irónica de Nicanor se limitó a contestar algo así como que la incredulidad era una especie de enfermedad muy urbana, muy de los adoradores del asfalto.

Cuando entré en la cama no era capaz de discernir la razón de que la noticia y mucho menos un diálogo tan hilarante me produjeran insomnio.

Aun así debí descansar plácidamente, porque a las siete y media en punto el despertador de mi cerebro quiso ignorar que por fin era sábado. Me duché con calma bajo un chorro de agua relajante y no me apeteció afeitarme. Entrando en la cocina noté más tarde que en mangas de camisa hacía frío. Mientras daba sorbos a un café hirviendo, la taza sujeta con ambas manos, observé a través de la ventana que aquella mañana de abril no era demasiado primaveral: una manada de nubes blanquecinas correteaba por la azotea de enfrente y, cuando terminó de pasar, el cielo se llenó de un gris muy sucio propio de otoño. Después, tal vez reconfortado por el calor en las manos o porque el espectáculo tenía algo de fascinante, me quedé pasmado durante unos minutos pensando en la gruta, hasta que rebobinando con lentitud las secuencias del sueño, perfectamente identificables, me sorprendió el hecho de reconocerme





JULIO

bajo aquella bóveda remando muy aprisa monte adentro mientras me perseguía una marea semisólida compuesta de muchos pequeños espejos flotantes.

Un último trago de café me devolvió a la realidad y empecé a madurar la posibilidad de improvisar un viaje, sólo sería cuestión de meter en la bolsa lo imprescindible para un fin de semana. No lo dudé más de unos segundos y me dirigí al dormitorio con cierta ilusión por la idea de escapar. Sin embargo, fue sorprendente que no habiendo precipitación alguna en mis movimientos de abrir puertas de maletero y armario, mientras cerraba la cremallera de la bolsa apenas hubiera nada dentro, y esa absurda renuncia a prever al menos un jersey y una camisa cualquiera no supe interpretarla. Me noté raro, como si abandonado a una pereza infinita no fuera capaz de calibrar mis actos. Al mismo tiempo esa constatación de oquedad cerebral, que en otras ocasiones me hubiera llenado de incomodidad, no me impulsara a recobrar en mi personalidad la plenitud deseada. Continuaba sumido en una mezcla de perplejidad e indiferencia mientras de camino al garaje me miraba en el espejo del ascensor como si enarcando las cejas o estirando verticalmente la boca o levantando con decisión la barbilla pudiera hallar una respuesta. Tampoco después supe muy bien qué dirección tomar cuando el coche se acercaba a la rotonda: girar a la izquierda suponía una maniobra dolorosa para mi tendinitis en el codo, y si en cambio continuaba recto terminaría adentrándome irremediabilmente en la autopista, idea que finalmente prosperó. Ese dejarme llevar hacia el norte sí supe interpretar que acataba la orden del subconsciente.

Tanteé en el dial de la radio varias emisoras. Al cabo de unos segundos de parpadeos musicales encontré un programa que parecía interesante. El debate pretendía clarificar desde diferentes opiniones los posibles escenarios que afrontaría la humanidad ante una crisis energética total. Me sedujo escuchar la rotundidad de la palabra total y permanecí atento. Todos los contertulios, menos uno, se esforzaban en transmitir a los oyentes un mensaje optimista cargado de tópicos, exponiendo argumentos tan manidos como que la sensatez siempre termina prevaleciendo en el ser humano cuando la adversidad intenta exterminarlo; o todavía más cursis, como el de un pedante con voz grave que intuía a corto plazo el hallazgo en el propio palpito de la existencia, en el átomo más minúsculo de la vida, de un filón inagotable de energía cuyo descubrimiento resultaría definitivo para la supervivencia. Ninguno de ellos cayó en la tentación de culpabilizar tangentemente al Islam como el origen de la perversidad dosificada. Por contra de tanta esperanza, el discrepante se dejaba arrastrar por un presentimiento apocalíptico, basado en la inmensa capacidad destructiva del hombre. Aunque este punto de vista parecía convencerme, cuando la teoría se enredó en el pantano de las profecías citando a Nostradamus y otros visionarios, tuve la desagradable impresión de compartir audiencia con muchas amas de casa dispuestas a tragar cualquier farsa entretenida mientras estarían pasando la aspiradora. Decidí renegar de esa participación, apagué la radio y noté que poco a poco algunas gotas de lluvia se iban adueñando del parabrisas. Resultaba curioso comprobar cómo al principio se podían identificar una a una en su golpeteo y posterior explosión, dibujando sobre





CANCIO

el cristal la trayectoria caprichosa que les imponía el viento. Después el chaparrón se afianzó y el espectáculo se convirtió en un caos que no daba descanso a las escobillas.

Mientras compraba tabaco a la espera de que me rellenaran el depósito, oí comentar a unos camioneros que, según la radio, la predicción del tiempo, con una brusca bajada de la temperatura, era pésima hasta el final del domingo. Uno de ellos, de gesto suficiente y bigote poblado, dijo que le parecía un pronóstico demasiado alarmista para ser considerado en serio, puro miedo gratuito para ahuyentar domingueros, sentenció con una mano en la copa de coñac. En cambio, el otro, preocupado por la excesiva carga que transportaba, intentaba adivinar lo que podría ocurrirle si al subir al puerto lo sorprendía una nevada.

A este camionero lo encontré minutos más tarde, circulando delante de mí hacia el San Cosme, cuyas primeras rampas se ofrecían como aperitivo indigesto y prelu-diaban una pendiente brutal, la misma que conocí la primera vez que pasé por aquí, a la edad de ocho años, cuando íbamos a estrenar la casa comprada por mi padre para veranear en Morines. Parece que todavía lo escucho, explicándome guasón que el nombre de San Cosme se debía en realidad a que en la cima del monte, por estar tan cerca del cielo, se posaban el santo y los ángeles cuando les daba la gana, mientras a los mortales nos costaba alcanzarla muchos litros de gasolina y unos buenos pedales. También recuerdo que, curiosamente, esa broma tan tierna se había convertido muy pronto para mí en una premonición a la que me agarré con convicción infantil. Ocurrió al poco de llegar a Morines, en pleno agosto: un suceso inexplicable y retorcido (hoy lo calificaría de igual modo) me llevó a comprender que la meta de mi existencia estaba condenada a una carrera cuesta arriba perpetua. Pero ese presentimiento tan turbio ni fue la primera vez que me revoloteaba en la cabeza ni tampoco fue un episodio aislado.

Adelanto al camión para evitar que sus salpicaduras en el parabrisas me anulen la visibilidad. Ahora las curvas son muy suaves y se intercalan con algunas rectas. Más distendido al volante, me vuelvo a abandonar a la memoria y refresco aquella manía mía de buscar en el diccionario una definición exacta del mal que me aquejaba. La idea de aceptar la palabra encrucijada resultaba desechable si la interpretaba literalmente como un cruce de caminos o una disyuntiva en su principal acepción, pues ambos conceptos se deberían entender, desde mi punto de vista, referidos a un momento aislado circunstancialmente, cuando en realidad la trayectoria de mi vida estaba expuesta a una indeterminación constante. Tampoco se podía decir que maldición, condena, castigo, penitencia, gafe, satanización, depresión, Gólgota, paranoia, hartura, esperpento, magia u obsesión reflejaran con aproximación lo que me venía ocurriendo desde que recibí los primeros palos. Quizá fuera más bien una mezcla de todas ellas o desesperación con mayúsculas, ante el convencimiento de que me resultaba inútil analizar racionalmente todas las eventualidades posibles intentando anticipar los escenarios más negativos, pues de forma indefectible caía en el pozo. Y las pocas veces que me parecía haber acertado, bastaba el simple paso del tiempo para certificar que el éxito, cuya consecución había celebrado, estaba servido en una copa envenenada. En la actualidad se me presentaba un panorama muy poco halagüeño, si



JULIO

asumía que a mis cuarenta y siete años todavía me quedaban por sufrir muchos despropósitos. Vivía tan aferrado a esa certeza, que la incapacidad de afrontar el futuro con algún interés me hundía con frecuencia en el determinismo. ¿Para qué soñar, en vez de postrarme humildemente ante la omnipotencia del guionista? ¿Para qué intentar nadar contra corriente? ¿Para qué levantarme mañana, sabiendo de antemano que a la vuelta de la esquina me esperaba cualquier putada?

A pesar de que hoy había encontrado en la colaboración del coche una nueva forma de escapar a ninguna parte, me costaba marginar en la memoria varias experiencias vitales verdaderamente memorables, como mi nefasto matrimonio con una sevillana, que a los cinco años de casarnos, tras un noviazgo en que valiéndome de algunas argucias me dediqué a estudiar la previsible evolución de su personalidad, se largó alegremente con un bailarín brasileño, esgrimiendo por toda explicación que cinco años de convivencia resultaban suficientes. Cómo olvidar tampoco la forma en que se frustró mi ilusión por alcanzar la cátedra en la facultad, cuando empujado por el ánimo de otros profesores decidí presentarme, y en la criba final, a pesar de que mi contrincante hacía presagiar mi victoria evidenciando en el examen unas carencias escandalosas, el jurado había considerado en aquel hijo de un prestigioso cirujano méritos suficientes para ocupar la plaza. Y qué decir del accidente tan brutal como imposible de explicar que sufrí en plena autopista estrenando el mercedes de un amigo a más de ciento cincuenta por hora; a una de las ruedas traseras se le había ocurrido escaparse de su órbita yendo a parar al arcén; lo nunca visto, habían dicho los peritos del seguro. Todavía me río de mi mismo cada vez que recuerdo las tres semanas en el hospital y los dos meses escayolado en pleno verano. Mucha más gracia me hizo el saber después que mi afligida esposa decidía mientras tanto buscar consuelo a ritmo de samba.

Doy descanso a la memoria, el meandro de la carretera se vuelve a agarrar al monte como una zarpa y reclama toda mi atención. Cuando calculo los kilómetros que faltan para coronar el puerto, se me ocurre que viajando sin rumbo fijo podía resultar interesante tomar después la comarcal que me llevaría primero a La Segada y finalmente, tras su localización en el mapa, al enclave de Mareña, lugar donde el telediarlo situaba la enigmática gruta. Acepto que dejarme caer por allí es un plan tan estúpido como otro cualquiera, pero desde que había escuchado la noticia noté que el descubrimiento y las singularidades que supuestamente lo rodeaban no me habían dejado indiferente. En el peor de los casos conocería el pueblo y regaría un buen pixín con una botella de sidra.

La lluvia está dando el relevo a oleadas intermitentes de niebla y una confusión creciente me obliga a disminuir la velocidad. Apenas se distingue la señalización de la carretera. De pronto escucho un ruido, emergen de frente las luces amarillas de un coche y al poco desaparece como un fantasma. Desde ese momento el silencio total dura bastantes minutos de muy profunda soledad. La gruta, la caverna platónica, la oscuridad y la luz, las sensaciones negras, la espuma blanca de las olas, la fuerza del mar, las trayectorias, la decepción, el descanso, las radiografías de muchos tumores, el capricho de la existencia, la paz bajo el monte.





CANCIO

Al llegar a la cima, iluminada sorprendentemente como si alguien manejara un reflector, abro la ventanilla por si San Cosme o uno de los ángeles de mi padre andan por ahí repartiendo bendiciones. Sólo recibo mucho frío y el escupitajo húmedo de unos matorrales rendidos a la ventisca. Si no vuelve a diluviar y la niebla desaparece, dentro de una hora las primeras casas de Mareña se me colocarán frente al parabrisas. O tal vez desde mucho antes sea la raya del mar la que aparezca vibrando a lo lejos, como ocurría en los veranos al divisar Morines.

La bajada es espeluznante, da pánico contemplar el precipicio a mi izquierda mientras el azote del aire se envalentona por la ladera. Me despisto un momento observando cómo el humo serpenteante de dos chimeneas trepa desde muy abajo. En plena fascinación, el bocinazo estridente de una furgoneta me devuelve a mi carril. El reloj marca una hora tan absurda como las tres menos veinte, la aguja del depósito está a la mitad y por el retrovisor distingo la silueta lejana de otro coche. Unos kilómetros más adelante aparece un cartel indicando el desvío a la comarcal cuatrocientos quince.

Por fin enfilo una recta, aunque esa sensación de alivio también me alerta del cambio brusco a una pendiente escandalosa que se distingue más adelante. Debo extremar la precaución porque el coche se embala, casi no hay tiempo, debo reducir a segunda. El chirrido de los frenos y el recuerdo de otros viajes, viendo a mi padre muy concentrado en la maniobra, me dan la razón enseguida. También percibo que la recta termina en una curva muy cerrada. Mareña cada vez un poco más cerca.

De repente noto que me invade un vértigo desconocido y muy poderoso, como si una voz me impusiera su voluntad o me reclamaran para si los ecos del monte. Estoy aturdido. Suelto el pedal del freno, cambio de velocidad a tercera y piso el acelerador a fondo. Ahora la aguja sube a ochenta por hora. La última orden que escucho o la propia fascinación del precipicio me exigen un volantazo rápido hacia el vacío.

